

esclavo eterno de Satanás, queriendo mas dar gusto á vuestro enemigo que á Vos que sois su padre y amigo, y todo bien, queriendo antes morir eternamente no dándoos gusto, que vivir para siempre en el cielo con serviros.

Vemos tambien dónde se atreve el pecador á pecar y ser traidor á Dios, pues en su mismo mundo y en su misma cara, sabiendo que le está mirando su Criador, le ofende. Si un pecado se hiciera donde no le pudiera ver Dios, aun fuera enorme maldad; pero atreverse á injuriar á su Criador, y á sus mismos ojos, ¿qué género de atrevimiento será tan inopinable y nunca visto? Si se pudiera ir el que peca á otro mundo donde no habitase Dios, y allí á escondidas debajo de la tierra pecase, de modo que lo supiese él solo, fuera con todo esto grande osadía; pero pecar en la misma casa de Dios, que es este mundo, y en su presencia, ¿qué infierno no merece? Por solo echar mano á la espada contra un hombre en el palacio de un rey es crimen capital y digno de muerte; pues acocear y crucificar con un pecado, no á un hombre ordinario, sino al Hijo de Dios, no solo en la casa de Dios, sino delante de sus ojos, ¿qué entendimiento podrá concebir la grandeza de esta ofensa? Con razon David se deshacia en lágrimas acordándose que habia pecado á los ojos de Dios; y así con un dolor, que le atravesaba como espada el corazon, dijo con gran confusion al Señor: *El mal hice delante de tí*. Además de esto pecamos, no solo en la casa de Dios, sino estando en sus mismos brazos, sustentándonos con su omnipotencia. Si hubiese un hijo tan maldito que, teniéndole su madre en su regazo, y regalándole, él se volviese contra ella y la desgreñase, diese de bofetadas, y quisiese matar á puñaladas, todos lo tendrían por un demonio encarnado. Pues ¿cómo se atreve el hombre á pecar, ofendiendo al mismo que lo sustenta, y conserva, y redimió? Por cierto que se puede tener por peor que un demonio el cristiano que á esto se atreve.

Aumentan la ponderacion de esta maldad del pecado las ayudas con que se obra; porque los mismos beneficios divinos convierte el pecador contra el mismo Dios. El desagradecimiento es un sentimiento muy vivo que suelen tener los hombres; y si el olvidar el beneficio es desagradecimiento, el despreciarlo es injuria, pero el usar de él contra su bienhechor no sé cómo le llame. Esto hace el que peca, que de las criaturas que crió Dios nuestro Señor para que le sirviesen usa para ofenderle, y los beneficios divinos convierte en armas contra el mismo Dios. ¿Qué dijéramos si un rey, que por honrar á un soldado le armase de caballero y ciñese de su misma mano la espada, acabando de ceñirla, la desenvainase el soldado y le matase? Este atrevimiento, que parece imposible entre hombres, es ordinario en el hombre para con Dios; porque honrando de tantas maneras Dios al hombre, y llenándole de sus beneficios, con ellos mismos ofende á Dios cuanto es de su parte, quitándole la honra, y deseando, segun san Bernardo, quitarle la vida. Del enten-

dimiento que recibió de Dios usa para hallar modo con que ejecutar su pecado; con las manos le obra, y con todas sus potencias ofende á quien se las dió y conserva. Fuera de esto llega á tanto el atrevimiento humano, que quiere que el mismo Dios le ayude para pecar. Está es de lo que se queja mucho el Señor por su Profeta, cuando dice: *Hicisteis-me que os sirviese en vuestras maldades*; porque Dios concurre á toda accion y movimiento natural del hombre, que ni puede menear pié, ni mano, ni lengua, que no sea concurriendo Dios con él; y meneando el hombre la lengua para murmurar, y las manos para hurtar, se aprovecha del concurso de Dios contra el mismo Dios. ¿Quién habria tan inhumano y desalmado que forzase á un padre á que concurriese con él á dar de puñaladas á un hijo único y muy querido que tuviese, impeliendo la mano del padre para ejecutar el golpe en que se habia de atravesar el corazon de su unigénito? Cosa equivalente hace el pecador, haciendo que Dios concorra á la accion con que pecando el hombre vuelve á crucificar al Hijo de Dios. Pasma es este desalmamiento del pecador: mil tormentos del infierno merece por esta impiedad.

Y si se considera por qué hace esto, es otra circunstancia que hace asombrar de la gravedad del pecado. ¿Por qué da tan gran disgusto el pecador á Dios? ¿Por qué menosprecia á su Criador? ¿Por qué es traidor al Señor del mundo? ¿Por qué acocea y pisa á Jesucristo? ¿Por qué aborrece así á su Redentor? ¿Por qué crucifica al Hijo de Dios? ¿Qué causa puede tener para tan enorme maldad? ¿Acaso es porque no se hunda el mundo? ¿Acaso es porque le va al hombre la salvacion? ¿Acaso es porque han de hacerle Dios? ¿Acaso es por otro Dios? No, sino por un gusto vil y súcio, por un loco antojo del hombre, porque quiere, y no mas. ¡Oh atrevimiento horrendo! ¡oh furia rabiosa, que tan sin causa hace tan notable agravio á su Criador! ¡Cómo no se resuelven los cielos en rayos abrasadores que den mil muertes al que tal hace, y aniquilen á criaturas que tal atrevimiento tienen, pecando!

La manera tambien con que uno peca es para pasmar á quien lo considera; porque es con una soberbia, con un menosprecio, con un descaramiento, con una osadía de Lucifer. Despues de haber oido y visto tantos ejemplos de los castigos que Dios ha hecho á los pecadores; despues de haber visto que por un pecado de pensamiento que hizo el mas hermoso y sublime ángel de todos se volvió tizon del infierno; y no solo despues de saber esto de un ángel, sino que tantos millares de ángeles por un pecado fueron despeñados del cielo y arrojados al abismo; despues de haber visto que el primer hombre fue por una golosina desterrado del paraíso de deleites á este valle de lágrimas, despojado de tantos dones sobrenaturales que tenia, y condenado á muerte; despues de haber visto anegado el mundo por pecados, y abrasadas con fuego del cielo las ciudades de Pentápolis; despues de haber visto que los sediciosos contra Moisés fueron tragados de la tierra con todos sus hijos,

familia y hacienda, bajando vivos al infierno; despues de saber que se han condenado tantos hombres; el pecar despues de todo esto es pecar con una desvergüenza jamás vista y un desprecio intolerable de la justicia divina. ¿Qué mayor desvergüenza y desprecio de la justicia humana que, si estando ahorcando al ladron, hurtase uno la bolsa á otro al pié de la horca y á vista de los alguaciles? Pues ¿cómo se hace esto con la justicia divina, que á vista de tantos castigos se atreva el pecador á pecar? Además de esto, es hacer grande menosprecio de Dios, viendo uno con tantos ejemplos de rigor cuánto se desagrada su divina Majestad del pecado, y por consiguiente cuán enorme mal sea la culpa; y con todo eso se atreva á cometerla. ¿Quién no se queda atónito aunque no tuviera otro principio para conocer la gravedad de una culpa mortal, mas que ver que por una sola cayó el ángel del cielo, despojado de todas sus virtudes, gracias y dones, y fue condenado á eternos fuegos, y que Adán fue echado del paraíso, y el Hijo de Dios puesto en una cruz por pecados ajenos? Fuera de esto, ¿qué mayor menosprecio que dar gusto al demonio en competencia de Dios, posponiendo á nuestro Redentor por Satanás, y que, pretendiendo Dios nuestras almas, y pretendiéndolas el demonio, entregue el pecador la suya al demonio, y se la quite á Dios? No se puede imaginar modo mas injurioso de agraviar que este, cuando en oposicion de otro mas vil é infame se pospone el que es digno de todo amor y honra. Agrava tambien la manera de pecar, que lo hace el pecador, perdiendo los bienes eternos. Aunque no perdiera nada quien peca, hace un agravio á Dios nuestro Señor, y á sí mismo daño; pero pecar echando de ver que pierde tanto, es grande gana de pecar, es mayor atrevimiento y desvergüenza.

Si se considera tambien el cuándo pecamos, no menos mostrará la gravedad de nuestros pecados que las circunstancias pasadas; porque pecan ahora los cristianos, despues de haber visto al Hijo de Dios enclavado en una cruz para que no pecásemos: cuando hemos visto á Dios tan fino para con nosotros, que ha encarnado para nuestro bien, humillándose á hacerse hombre, y sujetándose á morir muerte, y muerte de cruz, por nuestra redencion, é instituido Sacramentos para nuestro remedio, principalmente el de su santísimo cuerpo y sangre, que fue una fineza de amor inmenso. Pecar despues de haber visto á Dios tan bueno para nosotros, y estar tan obligados á su amor con finezas tan inopinables con que ha procurado nuestro bien, es una circunstancia que ha de ponderar mucho en nuestro corazon para no ofender á Dios tan amoroso; y se debe tener un cristiano que peca por peor que un demonio, porque el demonio no pecó con esta circunstancia de haber menospreciado á un Dios que hubiese derramado por él su sangre, ó que se hubiese hecho Ángel por él, ó que le hubiese perdonado algun pecado. Cuando pecaron los de la ley natural tampoco vieron al Hijo de Dios muerto por su salvacion; mas cuando el cristiano peca, sí: por lo cual merece

que se hiciese para él nuevo infierno, como dice san Agustin; y no hay duda sino que merecerán los cristianos nuevos tormentos, y mayores que los que no tienen tanto conocimiento de Dios, ni han recibido tantos beneficios. En confirmacion de esto, andando san Macario Abad por el yermo, encontró una cabeza desnuda de un hombre, y apartándola con el báculo que llevaba, oyó que le hablaba; y preguntóle quién era. Un sacerdote soy (respondió ella) de los gentiles que en otro tiempo habitaron en este lugar, y estoy con los míos en medio de un fuego tan grande, que debajo de los piés corren las llamas grande espacio, y otro tanto sobre nuestras cabezas. ¿Y hay (replicó el Santo) otro lugar de mayor tormento? Si (respondió la cabeza), mayor es el que padecen los que están debajo de nosotros, que por no haber conocido á Dios no son tan crueles las penas que padecemos; mas los que habiéndole conocido le negaron, y no cumplieron su voluntad, esos allá abajo las padecen mucho mayores.

Estas son las circunstancias que señaló Tulio que se hallan todas agravando nuestros pecados; y no falta tampoco la que añadió Aristoteles (1), que es acerca de qué ó sobre qué ofendemos á Dios. ¿Sobre qué cae tan gran atrevimiento, sino sobre cosas que no nos importan, antes nos suelen dañar, sobre cumplir un gusto que ha de quitar la salud, ó la honra, ó la hacienda, y aun el mismo gusto, al que le ejecutare, teniendo muchos dias de dolor por un rato de contento; sobre cosas de la tierra, que son tan viles y caducas, y por ellas perdemos las eternas; sobre bienes del mundo falsos y engañosos, breves y perecederos, por los cuales perdemos los celestiales? ¿Qué dijéramos si por cosas de tan poco momento como una paja matase un hombre á otro? Pues no es mas que una paja toda la felicidad del mundo respecto de los bienes del cielo, y por cosa tan poca somos traidores á Dios, y crucificamos á Jesús otra vez, y mil veces, cuantas pecamos gravemente.

Últimamente contra quién se peca agrava mucho nuestras culpas; porque fuera de ser Dios perfectísimo, sapientísimo, hermosísimo, omnipotente, inmenso, infinito, pecamos contra aquel que nos ama infinitamente, que nos sufre, que nos ha llenado de bienes y mercedes. Hacer mal al amigo, aun las fieras no se atreven; hacer mal al bienhechor, hasta los brutos lo condenan: mira ¿qué será agraviar tú al que te amó mas que á su vida, al que te hace todo bien, porque no hagas mal alguno? Teme á este Señor, reverencia á su Majestad, y ama á su bondad, y no le ofendas mas. Á David le hizo tanto peso esta consideracion de haber pecado contra Dios tan bueno que, lamentándose en el salmo de su penitencia con voces del corazon y lágrimas vivas, exclamó: *Contra tí solo pequé*; porque aunque pecó contra Urías y contra todo Israel, por el mal ejemplo que le dió, solo le pareció Dios el ofendido, por la

(1) Arist. 3 Ethic.

infinidad de su ser, y por crecer por esta parte inmensamente la gravedad de su culpa. Por todas partes está enconado el pecado, por todas partes escupe veneno, y mirado á todos lados siempre parece peor; porque como es sumo mal, no tiene lado por donde parezca bien: todo es mónstruo, todo ponzoña, todo es detestable, todo horrible, todo malísimo; y así merece todo mal, y no es mucho se castigue con tormento eterno lo que se opone á la suavidad de la santidad infinita.

§ IV.

Es tan malo el pecado, que lo es de muchas maneras; porque no solo es malo en cuanto al menosprecio de Dios, sino tambien por sí mismo: porque aunque no hubiera Dios, ó Dios no se ofendiera del pecado, es abominable, y horrendo mal, y fuera de eso es causa de todos los males; de suerte que, quitado aparte el ser injuria de Dios, es el mayor mal de los males, y la causa de los demás. Por sola la fealdad que en sí tiene juzgaron los filósofos que debía ser aborrecido sobre todas las cosas. Aristóteles dijo (1): *Mejor es morir que hacer algo contra el bien de la virtud*. Los dos insignes filósofos, Séneca y Peregrino (2), con mas resolucion dijeron: *Aunque supiera que lo habian de ignorar los hombres, y que Dios lo habia de perdonar, con todo eso no quisiera pecar, por la fealdad del pecado*. Por eso mismo dijo Tulio que no le podia acontecer al hombre cosa mas horrible y tremenda que el pecado. Hasta los filósofos que negaban la inmortalidad de las almas y la providencia de Dios decian que por ninguna cosa se habia de hacer una culpa; y algunos gentiles hicieron grandes extremos por no hacerla. Democles, como escribe Plutarco (3), por no consentir en una torpeza quiso antes ser cocido en agua hirviendo. Con razon fue muy celebrada entre las matronas griegas Hippol, la cual quiso morir antes que consentir en pecado. Ni fue menor el horror que tuvo á la torpeza Verturio, pues cárceles, azotes y rigurosos tormentos sufrió por no pecar. Igual aborrecimiento se vió en el hermosísimo mancebo Espurina, del cual escriben Valerio Máximo y san Ambrosio (4), que por no ser á nadie ocasion de pecar, aun con el deseo, se dió muchas heridas en su rostro bellissimo, afeándole á costa de su sangre, porque nadie tuviese ni aun pensamiento consentido. Todos estos eran gentiles que no conocieron á Cristo crucificado por los hombres, ni vieron el infierno abierto para castigo de pecados, ni huyeron de la culpa por ser ofensa de Dios, sino por la enormidad y fealdad que por su naturaleza tiene. Esta les asombró, esta les aterró, esta les hizo

(1) . Arist. 3 Æthic. Melius est mori, quam facere contra bonum virtutis. — (2) Sen. et Pereg. Philos. Etsi scirem homines ignoraturos, et Deum ignosciturum; tamen adhuc peccare nollem ob ipsam peccati turpitudinem. — (3) Plutare. in Demet. — (4) Valer. Max. Ambros. lib. 3 de Virgin.

querer padecer cárceles, tormentos, peligros y muertes por no admitirla. ¿Qué será lo que debe hacer un cristiano despues que ve á su Redentor muerto porque no peque, y sabiendo lo mucho que se ofende Dios por el pecado? Mil vidas, mil almas habia de dar antes que injuriar á su Criador, y cometer lo que hasta á los gentiles causó horror; y la naturaleza le puso en los animales, aun en la sombra del pecado. Juan Marquez Giracien le echó á una generosa yegua un hijo suyo, para que se hiciese preñada de él; mas nunca hubo remedio que le admitiese la madre, hasta que para engañarla cubrieron al hijo de modo que no le conociese; pero descubierto el engaño, cuando vió la yegua que era su hijo el que se habia juntado con ella, la dió tanta tristeza, que de pena y de no querer comer se murió. Joviano Pontano escribe de sí mismo (1) que tenia una perra muy graciosa y hermosa, la cual deseó se hiciese preñada de un hijo suyo, y así los encerró; pero nunca consintió la madre que el hijo llegase á ella, y aunque algunos la procuraban tener para que no huyese, ella á bocados se defendia, y escapaba de sus manos, y arremetia luego contra el hijo, mordiéndole con la rabia. Tan horrible y fea es aun á los brutos una imágen tosca y borron del pecado; pues tanto le aborrecen y resisten, para que se avergüencen los hombres, capaces de razon y obligados de Dios, de no resistir con mas fuerza al mismo pecado, contra el cual debemos tener tal aborrecimiento, que sintamos y digamos lo que sintió y dijo san Anselmo (2): *Si viera de esta parte la vergüenza del pecado, y de esa otra el horror del infierno, y fuera necesario caer en una de estas cosas, antes me metiera en el infierno que admitiera el pecado; porque mas quiero limpio de pecado entrar en el infierno, que tener el reino de los cielos contaminado con alguna mancha*. Donde quiera que estuviera quien tiene tan horrible mal como la culpa grave, no dejará de ser miserable, feo y malísimo; porque, como dice san Juan Crisóstomo (3), el primer mal es ser malo. El doliente encarcerado, aunque el cirujano no le corte las carnes, no dejará de estar con su dolencia; y así aunque no castigase Dios al pecador, no dejara de tener su mal y su muerte, su miseria, su fealdad y abominacion. Por lo cual dice san Agustín (4): *Aunque pudiéramos hacer que no viniese el dia del juicio, aun no se habia de vivir mal; basta ser el pecado tan abominable en sí para que le tengamos todo horror*. Este pavor y monstruosidad miserable de la culpa lo quiso mostrar el Señor en un mónstruo visible y suceso raro que escribe Villaneo (5). Dice que Casano, rey de los tártaros, casó con la hija del rey de Armenia, que era cristiana, y Casano infiel. Sucedió al cabo de algun tiempo que se hiciese preñada la Reina; pero

(1) Jovian. Pontan. cap. 17 de imman. — (2) Lib. de Simil. cap. 19. — (3) Chrys. tom. 5 serm. 5 de jejun. — (4) Aug. t. 8 in Psalm. XLIX. Si possemus facere fratres, ut dies judicii non veniret; puto quia nec sic erat male vivendum. — (5) Joan. Villan. l. 8, c. 33.

al tiempo del parto no parió un niño, sino un monstruo horrendo: de lo cual atónito y alterado el Rey, mandó con los de su Consejo que muriese la Reina tratándola como adúltera. Ella muy desconsolada, viéndose morir inocente, se encomendó á Nuestro Señor, y por inspiración divina pidió que bautizasen á lo que habia parido antes que la matasen. Hiciéronlo así, y al punto se transformó aquel monstruo en un niño tan hermoso, que maravillado el Rey se convirtió á la fe de Cristo con otros muchos de su reino, reconociendo en este caso la hermosura de la gracia y la fealdad del pecado. Si bien aquel niño no tuvo pecado actual, ni mortal, ni venial, por solo el original, que es sin culpa de la voluntad propia, apareció tan monstruoso, horrendo y abominable, ¿qué serán los que con su propia voluntad han pecado mortalmente? Esta fealdad de la culpa es por ser contra la razon; por lo cual quien la tiene se hace mas feo que toda la fealdad, mas monstruo que todos los monstruos, y mas muerto en el alma que todos los muertos. Maravillase Plinio de la fuerza de algunos rayos que, consumiendo á la plata y oro que está escondido en alguna caja, dejan sana y entera la cubierta: así el pecado, que abrasa al alma escondida, y deja entero y sano el cuerpo, es un rayo que sube del infierno peor que el mismo infierno, y así para tan abominable el alma que toca.

Pues ¿qué diré de los males que causa sino que, aunque él fuera en sí la mejor cosa del mundo, debia ser aborrecido mas que la muerte, por los malditos efectos que tiene? porque priva de la gracia, destierra del alma al Espíritu Santo, quítale el derecho al cielo, despoja al hombre de todos sus merecimientos, hácele indigno de la proteccion divina, y condena al pecador á eternos tormentos en la otra vida, y en esta á no pequeños trabajos; porque no hay peste, ni guerra, ni hambre, ni enfermedad de la vida á que no haya dado ocasion algun pecado; y así los que lloran por sus trabajos muden las lágrimas y lloren la causa de ellos, que son los pecados. Estos lloren, y estos lamenten: estos son tan grande mal, que debian llevarse todas nuestras lágrimas, y no bastaran para llorar uno todas las del mundo; y así no las derramemos por otra causa. El mismo Cristo Redentor nuestro, cuando le llevaban á crucificar, mandó que no le llorasen á él, para que todas las lágrimas fuesen por los pecados, que fueron la causa de su muerte y de todas las muertes, penas y males; por lo cual dijo: *No lloreis sobre mí, sino sobre vuestros hijos*; esto es, por vuestras obras malas, que son las que engendra de suyo vuestra naturaleza estragada. Finalmente, el pecado mortal es tan enorme maldad, que merece quien le hace las penas eternas del infierno, y por no hacerle debiamos padecer mil infiernos. Habíase de entrar uno en las llamas eternas antes que pecar, porque despues del pecado merece que le arrojen en ellas; lo que cometido con ninguna pena se puede recompensar; merece que por no cometerse se padezca toda la pena.

Á este monstruo de malicia facilita el camino el amor de las cosas temporales, y le cierra el deseo de las cosas eternas: mire uno en dónde debe inclinar su gusto y poner su corazon. Oiga al Ecclesiastés, que dice (1): *El corazon del sábio está en su diestra, y el corazon del necio está en su mano izquierda*; porque el sábio tiene puesta su aficion en lo eterno, y el necio en lo temporal, como interpreta san Jerónimo, el cual dice: *El que es sábio siempre piensa en el siglo venidero, que le guía á la mano derecha; pero el que es necio no piensa sino en el presente, el cual está puesto á la mano izquierda*. Hallaránse burlados los amadores del mundo cuando vean que por sus pecados están puestos al lado izquierdo del Hijo de Dios, juez de vivos y muertos, para condenarlos eternamente; y los amadores del cielo se regocijarán cuando se vean á la diestra de Cristo para gozar de la gloria eterna. La abundancia y prosperidad de los bienes temporales suele ser á los mas ocasion mayor de pecados que la moderacion de ellos ó necesidad; por lo cual Cristo nuestro Redentor aconsejó á los que le querian seguir con perfeccion que los renunciassen todos, y así arrancasen del corazon todo afecto á ellos, que les puede ser ó fue ocasion de pecar. Cuando los Macabeos cobraron á Jerusalem (2), y entrando en el templo vieron el altar del holocausto profanado, dudaron mucho en lo que harian: si usarian de aquel altar por haber sido dedicado á Dios, ó si lo destruirian por haber servido alguna vez al demonio; y dice la sagrada Escritura que les vino al pensamiento un buen consejo, que fue destruir aquel altar, arrancando todas sus piedras, y hacer otro de nuevo. Este buen consejo debemos tomar, huir de toda ocasion en que se pecó, y arrancarle de cuajo; porque si bastó para que los Macabeos destruyesen el altar consagrado á Dios el haber pecado en él otros; la ocasion en que no otro sino tú pecaste ¿por qué no la has de quitar? Y pues tantas veces has pecado por tener tu afecto en las cosas temporales, del mismo corazon has de sacar, y arrancar y destruir toda aficion que no sea de lo eterno; y no solo el afecto de bienes de la tierra has de quitar, pero de los mismos bienes has de temblar.

(1) Eccles. x — (2) I Mach.